

EL CIRCO PATRIÓTICO

Nuria Amat

Un patriotismo fácil y barato suele aparecer en la mayoría de encuentros entre países, gobiernos e instituciones siempre y cuando formen parte de ellos autoritarismos más o menos encubiertos. Así, la reciente Cumbre Iberoamericana celebrada en Chile ha gozado la virtud de romper el velo de la hipocresía que rodea este tipo de eventos. El incidente ha tenido como protagonistas principales al Rey de España, al comandante Hugo Chávez y al presidente Zapatero. El venezolano se apropia del micrófono y comienza a disparar insultos al anterior presidente de los españoles. Zapatero trata, sin éxito, de interceder a favor de la democracia. Chávez, ya sin micro, habla gritando a fin de que todos tengan que escucharle. Es entonces cuando el Rey de España, testigo atónito y demudado de esta escena, interviene para detener la histriónica arenga, indicándole: *¿Por qué no te callas?*, que por unos segundos deja mudo y anonadado al soldado orador.

El circo político se encuentra en todo su apogeo. Demagogos, autoritarios, bárbaros, pequeños dictadores y arrogantes incultos integran esos centros de poder sin darse cuenta de que por mucho que hayan ganado las elecciones son cualquier cosa menos demócratas. Mas que políticos parecen payasos de guiñol que utilizan tribunas para hipnotizar pueblos y así mantenerse en las alturas. No soy especialmente monárquica pero la famosa tonadilla *¿Por qué no te callas?*, inventada por Juan Carlos I y reproducida ahora por millones de ciudadanos del mundo, ha marcado un antes y un después en la sociedad hispanohablante. Ya nadie podrá escuchar bravuconadas de los políticos sin llevarse a la mente la bendita frasecita de marras.

Pero, dejando a un lado los países de América Latina, y volviendo a España, sectores minoritarios de los diversos gobiernos autonómicos han decidido utilizar la lengua como bandera única de su ideología. La jalean y manipulan como el domador circense el aplauso del público. Es el caso de Galicia, País Vasco y, por lo que me afecta directamente, Cataluña. Cuando de todos es sabido que en Cataluña hay escritores en castellano muy buenos, algunos de sus gobernantes y palanganeros resolvieron anunciar contra viento y marea que solo merecían asistir a la Feria del Libro de Frankfurt autores catalanes catalanoescribientes. Eliminando de este convite general, a los

escritores catalanes castellanoescribientes, a los que niegan la pertenencia a una cultura específica. Se está dando un comportamiento nuevo en la sociedad gubernamental catalana, muy distinto de la riqueza genuina de las generaciones catalanistas anteriores que favorecían el intercambio de literaturas y celebraban el bilingüismo como forma de convivencia. ¿En qué idioma escriben o escribimos estos escritores sin tierra, que nos presentan como castellanos en Cataluña y catalanes en todas partes? En la misma lengua que, casualmente, muchos presidentes y diputados de la Cataluña actual hablan en su entorno familiar. Un castellano naturalmente periférico.

Signo de estos tiempos de pestes nacionalistas es que la ideología domine la lengua hasta convertirla en instrumento de credo, tal y como el lingüista Victor Klemperer observó en su vigente y muy recomendable libro *La lengua del Tercer Reich*. ¿En una Europa por fin libre y abierta hay que dudar aun de que Kafka fuera un escritor checo que, casualmente, escribía en alemán? ¿No fueron estas mismas palabras las que impuso Stalin en los países soviéticos? ¿Y cómo se atreve Praga a vivir de su genial escritor “extranjero”?

Volviendo a Klemperer, que en el comienzo lento hacia la guerra del exterminio fue apartado de su cátedra y le impidieron el acceso a todas las bibliotecas públicas, conviene recordar que “cuando el poder se apodera del discurso, su lenguaje impregna el lenguaje del ciudadano y se extiende a todo con una naturalidad asombrosa, como si fuera lo esperado y lo evidente”. En el caso catalán o español, este sutil proceso hace que no llame atención alguna que escritores catalanes, castellano-escribientes hayan sido tenuemente marginados de sus puestos de trabajo en la Universidad catalana. Proceso igualmente vivido, acaso de modo más evidente, en la comunidad vasca y gallega. A lo que se añade la manipulación patente de libros de texto, reglamentos universitarios y demás documentación burocrática o empresarial.

Si por un lado los ciudadanos son los receptores directos de los usos lingüísticos de los políticos, por otro, en su utilización de la lengua se reflejan los privilegios y opresiones que ella reparte. El lenguaje ha intoxicado a los habitantes y más allá del grado de españolismo o catalanidad que uno posea, la lengua protegida se va interiorizando y conquistando conciencias de quienes va encontrando al punto de paralizar a quienes piensan en contra.

Así, la expresión famosa *Es catalán quien vive y trabaja en Cataluña*, altera su sentido válido y, en principio, positivo por otro negativo: dando a entender que no es catalán quien no escriba o hable el idioma que debe hablarse en Cataluña. Y, por tanto, merece quedar excluido de los medios radiofónicos como el caso de persecución lingüística recientemente ocurrido a la escritora uruguaya-catalana Cristina Peri Rossi. Ejemplo en el que la inmediata reacción de un sector de ciudadanos está consiguiendo reencauzar a buen término.

En ambientes nacionalistas, expresiones y palabras se inventan o se modifican para su uso provechoso, haciendo caer en el olvido o desaparición la anterior situación que le daba verdadero sentido. Por la misma regla de tres, el nacionalismo español utiliza términos como *patria, patriotismo, ciudadanía, nación, sentimiento nacional, soberanía*. O expresiones como: *Vamos a ganar para devolver España a los españoles*. (Entre paréntesis, como si sólo fueran españoles los que actúan y piensan como Rajoy. O sólo fueran catalanes los que piensan y actúan como desea Carod Rovira). El peor efecto de este lenguaje es suscitar a las personas un estado de ánimo propicio para el cumplimiento de sus programas. A fin de catalanizar, si cabe aun más el idioma, utilizan el léxico familiar más rural. Hasta Pompeu Fabra se levantaría de la tumba al oírlos. Por no decir, todos los escritores de la Renaixença. Y los más cercanos del Novecentismo catalán (Carner, Riba, Pla, Rodoreda y un largo etc). Absurdamente creen que esta vulgarización impuesta de la lengua catalana la hace más estatal y más auténtica.

Sin duda, la forma popular de hablar les sirve como marca identitaria y señal de que uno está en el lugar adecuado. En la única opción permitida. En lugar de decir la palabra España (menuda maldición) hacen toda clase de circunloquios para referirse al país, llamándolo *estado español, catalán o peninsular*. Como también el caso grandioso de un periodista que hace unos días, para comentar la despedida de un torero en una sonada corrida en Barcelona, decía: “César Rincón se despide de Europa”.

O, también, aquel informativo televisivo: “Llueve en todo el Estado Español”.

Ante este panorama, la frasecilla irritada del Monarca funciona como una gran apostilla al estado deficiente e irresponsable de las cosas.

